

1
Juventud perdida

Apenas tengo recuerdos infantiles, ni tampoco testimonios escritos de aquellos tiempos, finales de la década de los treinta y primeros años cuarenta. Sí conservo una fotografía, de la mano de mi padre en una de las rampas que conducen a la playa de la Concha en San Sebastián. No había acabado la guerra civil; yo tenía entonces tres años. Pocos, muy pocos, de la adolescencia, y los que asoman de la juventud, además de borrosos, son más bien sombríos, casi nunca gratos. Pero, vivo o no, imagino que aquel pasado, ya lejano, estará presente en alguna medida. Y que habrá dejado su huella. De la niñez sólo emergen retazos, piezas sueltas. Lo que sí dejó un rastro fue el paso por el Colegio Alemán de Madrid, entre los años 1940 y 1944 o 1945. Dejó un alemán infantil, que al parecer hablaba bastante bien porque asistía a la clase de los nativos y que algo más tarde retomé con una *Fräulein* austriaca, más bien *Frau*, diría yo hoy en día. Alemán que, mucho después, resurge súbita y caprichosamente en los lugares y momentos más insospechados, al filo de una conversación captada al azar, en un anuncio, en un periódico que cae en mis manos. Palabras sueltas que aparecen y desaparecen espontáneamente. Dejó también mi paso por el *Kindergarten*, y por lo que es ahora el Instituto Goethe, una absoluta falta de preparación, en todos los órdenes, para lo que vendría después. Ni siquiera recuerdo si lo que recibíamos era una formación nacionalsocialista, propia de una *Hitlerjugend* a la altura de los exigentes tiempos que vivía aquella España joseantoniana. En cualquier caso, mis padres no cayeron en la tentación de disfrazarme de «flecha» o de «pelayo».

Mucha gimnasia, eso sí, en un pabellón situado donde ahora se alza la embajada de Alemania. La desaparición de la noche a la mañana de unos profesores –Herr Koch, Herr Schmidt–, de quienes nunca más se supo; el, para mí, inesperado final de curso, cuando un día nos dijeron que nos fuéramos a casa; tampoco he olvidado aquella soleada mañana de primavera cruzando el paseo de La Castellana, camino de mi casa en la calle de Ayala.

Conservo también otros recuerdos. Los veranos. El calor. La caza de lagartos a mano, para después comérmolos con mi tío Joaquín Cajal, quien alababa su textura y sabor; como el pollo, me decía siempre. La trilla. Los racimos de uva que se pegaban a los dedos rezumando azúcar. Un algarrobo gigantesco, o eso me parecía a mí, al que me gustaba trepar. Vino, de golpe, el bachillerato en el colegio del Pilar. La cartera de tamaño desproporcionado que cargaba calle de Ayala arriba. Las «dreas», las peleas a pedradas en aquella tierra prometida, adonde nos llevaban de excursión, que se llama La Pedriza, y de las que más de uno salía descalabrado. Los partidos de fútbol en el solar de la calle Castelló con una deforme pelota de cuero. Don Emilio, minúsculo profesor de física y química apodado «molécula». Otro, al que llamábamos «botijo», de manos largas en el doble sentido de la palabra. La religión en la España del nacionalcatolicismo. El dinero que me daban mis padres el día del Domund para que al llegar al colegio del Pilar, con la hucha en forma de cabeza de jefe sioux o de mandarín chino entre las manos, llevara ya alguna ventaja a otros compañeros de clase en el momento de iniciarse la cuestación. El miedo al pecado, omnipresente. Droga dura, inyectada deliberadamente hasta crear adicción, tan propia de las culturas judeocristianas, de la española sin duda. Los años de fe y también de «temor de Dios», hasta que todo empezó a venirse abajo cuando, cumplidos los quince, el confesor decretó que si la chica que me gustaba no me hacía caso era porque Dios así lo quería. No he vuelto a pisar aquellos lugares. Incuria educativa la suya que, con honrosas excepciones, se prolongó a lo largo de la enseñanza universitaria. La posguerra civil, que todo lo resumía. El tiempo del asperón.

Los silencios de mi padre, Máximo Cajal Sarasa, efímero gobernador civil de Baleares y Cáceres durante el Gobierno Provisional de la República por ser amigo político de Miguel Maura. Cuando éste dimitió como ministro de la Gobernación, mi padre hizo otro tanto el 14 de octubre de 1931, en solidaridad con quien se declaró «unido por lazos de amistad entrañable y política personal». De humilde extracción, hijo de campesinos aragoneses, de recio carácter, dejó la casa paterna, estudió magisterio y ejerció la enseñanza en los pueblos aragoneses de Alconchel, Panillo, Torre de Estera y Mequinenza, y en el madrileño de Titulcia. Se licenció a continuación en Derecho. Pasante de un conocido abogado madrileño, acabó teniendo bufete propio en Madrid, todo ello gracias a una voluntad férrea que ocultaba mal que bien sus evidentes carencias culturales. Quizá por ello, una de sus primeras decisiones pocos días después de tomar posesión de su cargo en Palma de Mallorca el 15 de septiembre de 1931, fue enviar una circular acerca de la obligatoriedad de la enseñanza; la «obra de la Escuela», decía, tenía que hacerse realidad.

A punto de ser *paseado* en el verano del 36 por milicianos que fueron a buscarle a su domicilio en La Castellana, donde vivíamos entonces, se refugió, como tantos, en la embajada de Chile. Peor suerte corrió su concuñado, el marido de la única hermana de mi madre, que sí fue paseado, a manos, según me contaban, de la Brigada del Amanecer, del funestamente célebre Agapito García Atadell, de quien Agustín de Foxá dijo —en *Madrid, de Corte a Checa*— que era extraordinariamente inteligente, sádico y refinado. Aquel diplomático escéptico y burlón, pero también fascista, remató así su descripción: «Carecía de pasión; un marxista perfecto». Por su laconismo, el acta de defunción de Segundo S.M. no podía ser más expresiva: «Falleció en la carretera de Toledo el día 8 de septiembre de 1936».

A la embajada chilena fui a parar unos meses más tarde con mi madre; luego, los tres salimos por Valencia rumbo a Ostende, en la costa belga. Y de allí a San Sebastián. De aquellos días conservo una fotografía tomada en una de las rampas de bajada a la playa de La Concha. De la mano de mi padre, él con la camisa azul. Jamás hablaba de «la guerra de España». Alguna vez,

muy pocas, había aludido sus desavenencias políticas con su concuñado, miembro activo de Renovación Española, el partido monárquico alfonsino fundado por Antonio Goicoechea en 1933. Al parecer se odiaban. Mi madre, Mercedes López Pader, a quien la abrumadora presencia de su marido siempre achicó, me comentó en cierta ocasión que, por encima de las ideologías, lo que nunca pudo soportar el «pobre» marido de su única hermana era llamarse Segundo, en tanto que su concuñado atendía por Máximo. De lo que sí hablaba éste, y lo hacía constantemente, era de la dureza de su infancia, a caballo de los siglos XIX y XX, el cuarto de ocho hermanos, resumido todo ello en un verano en que se cosechó menos grano del que se había sembrado. Y en las noches que los hombres pasaban en la cuadra para dar agua y pienso a las caballerías.

De esos tiempos apenas guardo memoria. Tal vez un profundo resentimiento por la adolescencia y la juventud perdidas, sentimiento compartido por muchos miembros de mi generación. La inevitable conciencia de haber sido doblemente estafados. Por haber vivido cerca de cuarenta años, prácticamente desde el nacimiento, bajo un régimen represivo, anacrónico, de vuelo rasante y de aplastante vulgaridad, y por el sinsentido de haber desperdiciado buena parte de una vida que acaba en sí misma. Sentimientos acompañados también, con el correr de los días, de una creciente «mala conciencia», a todas luces pequeño-burguesa. Porque formábamos parte de una minoría privilegiada, como hijos que éramos de aquella burguesía que sin ser adicta al Régimen tampoco se oponía, acomodaticia y, quizá por la experiencia vivida, en absoluto dispuesta a buscarse complicaciones haciendo política. Aquella camisa azul de mi padre debió de durar lo que mi aprendizaje del alemán. El tiempo que transcurrió hasta que lo correcto era aprender inglés. Tampoco yo me aparté por entonces de aquella senda paterna, rodeado como estaba —en el Pilar primero, después en Bilbao, en la Universidad de Deusto, donde sólo aguanté un curso, y en la vieja facultad de Derecho en la calle de San Bernardo de Madrid

finalmente—, de los hijos y nietos legítimos del régimen. Lo volvería a encontrar más tarde en las pruebas de ingreso en la carrera diplomática. Por aquellos tiempos no pasaba por mi cabeza la disidencia política, ni mucho menos la oposición activa. Tampoco lo contrario, ciertamente. Ya lo decía mi padre. Lo tuyo, a estudiar, quemando etapas a ser posible. Así fue. Lo primero, hacer de una tacada sexto y séptimo de bachillerato, y aprobar sin solución de continuidad el examen de Estado según lo establecido por la ley de 20 de septiembre de 1938. Lo hice a trancas y barrancas, salvando *in extremis* en septiembre el cero que me había puesto en julio el catedrático de matemáticas, Bachiller, creo que se llamaba. ¡Hay momentos inolvidables! «Le voy a poner a usted un cero», me dijo.

Con dieciséis años comencé Derecho en la Universidad de Deusto, al otro lado de la ría bilbaína. A los veintiuno lo acabé en Madrid, con la última promoción que se licenció en la vieja facultad de la calle de San Bernardo. Los seis meses de prácticas de la Milicia Universitaria —¡qué notable, milicianos en el Ejército de Franco!— cayeron en Madrid, en el desaparecido regimiento 19 de Artillería a Caballo de Campamento. Un puñado de licenciados, Elías Díaz y Pepe Blasco entre ellos, amigos siempre, a vueltas con los logaritmos y rodeados de artilleros calzados con botas altas y espuelas. Y, enseguida, a preparar las oposiciones a la carrera diplomática. Premonición de por dónde había de encaminarse mi futuro profesional fue el que José María Aguirre, también alférez de complemento en el mismo regimiento, y yo mismo tradujéramos los manuales de uso de las primeras baterías autopropulsadas que, procedentes de Estados Unidos, llegaron al regimiento al poco de la firma de los pactos defensivos hispano-norteamericanos el 26 de septiembre de 1953. Pero lo que yo no podía imaginar por aquel entonces era que treinta años más tarde me tocaría poner en solfa aquellos mismos acuerdos que, como un pecado original, lastraban y siguen lastrando las relaciones entre Madrid y Washington, y que hipotecan en cierta medida nuestra soberanía.

Aquéllas fueron también tardes de lecturas, tardías sin duda. Algunas dejaron su impronta. *La vie de Jésus* y *Jean Barois*, desde

luego. También otras, años después, casi todas francesas. *Les chemins de la liberté*, *Lettres à un ami allemand* y *Le premier homme*, *L'histoire d'amour de la rose de sable*, *L'écriture ou la vie*, *Rayuela*, *Canto General*. Novelas en su mayoría.

Durante los últimos cursos universitarios no mostré vocación alguna; mi padre me había quitado de la cabeza el ejercicio de la abogacía, de modo que acabé optando por la diplomacia siquiera fuese por reducción al absurdo, dada la alergia sin paliativos que me producían las otras «salidas» que se consideraban naturales en un chico de mi condición, cuales eran las profesiones de notario, registrador, abogado del Estado, agente de Cambio y Bolsa u otras similares. Influyó también, y de manera decisiva, mi primo segundo José Vicente Torrente Secorún, que ya era diplomático. Aquéllos fueron, desde luego, los años dorados de las *oposiciones*, en plural claro está, como también fueron los tiempos de la preparación para el ingreso en las escuelas de arquitectura o de ingeniería, preferentemente la de Caminos. Consumí la década que transcurrió de mediados de los cincuenta a mediados de los sesenta básicamente preparando, yo también, el «ingreso» en la Escuela Diplomática. He de reconocer que de todo aquel esfuerzo me ha quedado, indeleble, la hoy denostada, por antipedagógica, sentencia de que «la letra con sangre entra», tan consustancial a aquella época y que a mí siempre me ha parecido un dicho bien fundamentado. Quizá por haber llegado personalmente a la conclusión de que, como norma general, sacar adelante unas oposiciones era y sigue siendo, sobre todo, *cuestión de codos*. Tomé contacto por primera vez, aunque de manera indirecta y superficial, con la que acabó siendo mi profesión, la diplomacia, y topé con nombres que, con el tiempo, tuvieron un rostro y que dejaron en mí un rastro; sobre todo el de Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores.

Tardé siete años, siete, en ingresar, ejecutoria que a primera vista dice bien poco de mi coeficiente intelectual dadas las muchas horas que consagré a la empresa. Porque, por dedicación que no se dijera. No fue, con todo, lo más grave que prácticamente en cada ocasión se modificaran los programas. O que, como hasta entonces venía sucediendo, ya no se pudieran arras-

trar de una convocatoria a la siguiente los ejercicios aprobados. Así ocurrió precisamente la tercera vez que me presenté, después de haber superado los dos primeros en la cita anterior. Todo esto sería anecdótico. Pero no lo fue, en absoluto, lo que sucedió en 1959, coincidiendo con aquella comparecencia. A pesar de la presumible benevolencia del tribunal, los hijos de tres ex ministros de Franco no reunieron las calificaciones mínimas necesarias para ocupar alguna de las diez plazas en litigio. El titular del ramo no lo dudó un instante y, algo inaudito, en plenas oposiciones la convocatoria se amplió a veinte plazas. Los tres opositores aprobaron, por supuesto, aunque fuera raspando, pues ocuparon los últimos puestos de su hornada. Con ellos ingresaron siete afortunados más. Muchos otros se quedaron fuera y algunos, entre los más veteranos, tuvieron la osadía de recurrir. El recurso, naturalmente, fue desestimado. Pero la tropelía no acabó ahí. Castiella, irritado, aunque procediera de la escuela *iusnaturalista* de tanta raigambre en la tradición española del padre Victoria, tomó una decisión draconiana: no más exámenes hasta nueva orden. Transcurrieron cuatro años sin oposiciones y, lo que fue peor, con la agravante de que solamente al cumplirse el tercero tuvimos noticia de que iba a haber una nueva convocatoria. En semejante clima de incertidumbre estuve esperando hasta 1963, junto con otros dos opositores, Joaquín Ortega y José Antonio López Zatón, con los que compartí las interminables horas de preparación para la prueba final, dirigida en mi caso por José Châtelain, Gonzalo Sobejano y Fernando Tamés. No por Enrique Tierno Galván, como pretendieron algunos estúpidos para mostrar, en mi cabeza, la peligrosa semilla que había sembrado el malvado profesor. A todo ello hubo que sumar dos cursos académicos más, que no acababan nunca, en la Escuela Diplomática, donde entramos el 27 de septiembre de 1963, bajo la férula de su nuevo director, el conde de Navasqüés, que también había presidido el tribunal de oposiciones. Personaje notable de quien, debo decir, conservo con todo un buen recuerdo, el conde de Navasqüés era inteligente y tenía un ácido sentido del humor. Aprendió a respetarnos y fue amigo de sus amigos, incluso de los pocos diplomáticos de su promoción que

permanecieron leales a la Segunda República. La XIX promoción de la carrera diplomática ingresó en el Servicio Exterior el 2 de junio de 1961. La XX, la mía, lo hizo otro 2 de junio, pero de 1965. López Zatón falleció en 2004, cuando estrenaba ese trauma que para muchos es la jubilación. Joaquín se jubiló, y hoy nos estimula con su creatividad y su sentido del humor. Hace ahora, con las manos, lo que antes hacía con su por todos los conceptos poderosa cabeza. Es el hermano que no he tenido.

Aquél fue mi primer contacto directo con una de las muchas facetas de esa *Realpolitik* de andar por casa que es el favoritismo. Veintiún años más tarde, a mi regreso de Guatemala, la vida me dio otra lección. Cómo trata la derecha de siempre a quienes no son de su cuerda, muy particularmente a aquellos que, perteneciendo a su misma casta, son de izquierdas, o así lo parecen. Perdí, por tanto, otros cuatro años atado a la silla. La primera vez que concurrí a las oposiciones, para foguearme, como se decía, fue en 1958; había cumplido los 23. Las superé con 28, y salí de la Escuela con 30, curado de espanto, eso sí; como buena parte de mis compañeros. Y tuve mucha suerte con todo, porque pasé la prueba y porque pude permitirme el lujo de perseverar, o porque mis padres pudieron pagarlo. Muchos no pudieron hacerlo. Tuvieron que echar por la borda el largo tiempo perdido, concurrir a otras oposiciones o apañárselas mal que bien en un mercado laboral en el que los conocimientos adquiridos en esta especialidad que es la diplomacia eran poco o nada valorados.

Es costumbre en la Escuela Diplomática, lo era al menos entonces, que los alumnos, antes de finalizar su aprendizaje, redacten una memoria sobre un tema relacionado con su futura actividad profesional. Yo elegí uno de particular actualidad entonces y que, pese a los cuarenta años transcurridos, sigue siéndolo hoy en día en esta hora de fidelismo crepuscular. La memoria se titulaba *La Revolución Castrista. Cuba y España*. No había vuelto a abrir la copia que conservo en mi poder, pretenciosamente ordenada junto a las obras sobre Cuba de Aranda, Cabrera Infante, Jorge Castañeda, Debray, Domínguez, René Dumont, Goldenberg, Harnecker, Huberman y Sweezy, Herbert Mathews, Sheer y Zeitlin, MacGaffey y Barnett, Oppenheimer,

Román Orozco, Raúl Roa, Hugh Thomas, Timerman y Vázquez Montalbán; y a las biografías escritas por Clerc, Kalfon, Man-kiewicz y Jones, y Tad Szulc. Junto, también, a algunos escritos del propio Castro. Al releer ahora el texto, no puedo por menos de hacerlo con unos sentimientos que, aunque dispares, no son necesariamente contradictorios. Lo hago, desde luego, con cierta condescendencia hacia mí mismo, pues aquellas 239 páginas mecanografiadas rezuman una mal disimulada simpatía por el Comandante, más modesto en cualquier caso que nuestro Generalísimo, quien, en algún momento, debió de olvidar los tiempos pasados en que, en Oviedo, era conocido como el *comandantín*. Aquel trabajo, elaborado con considerable vehemencia y no poca candidez, respondía también a un manifiesto voluntarismo. Así, estos párrafos:

Dolorosamente gestada [la revolución castrista] no ha respondido, sin embargo, a las esperanzas que muchos habían depositado en ella. Pero a pesar de todo, y a pesar de sus numerosas injusticias y fraudes, de su etiqueta marxista-leninista, me parece que su saldo no es, en absoluto, negativo. Más bien lo contrario, pues, en definitiva, todos estos procesos hay que examinarlos a largo plazo, muy particularmente en lo que al capítulo de esfuerzos y realizaciones materiales se refiere.

O la apuesta de futuro al abordar la cuestión de las relaciones bilaterales hispano-cubanas:

El régimen de Castro no caerá, ésta es mi opinión, salvo en caso de intervención norteamericana. No hay fuerza interior que lo derribe ya que, más o menos, el pueblo está satisfecho con él. Si Castro es lo bastante hábil –y creo que lo es– como para no hacer de su comunismo algo radicalmente insoportable, si el «fidelismo» sigue ganando posiciones en los puestos directivos del país, el castrismo perdurará y al perdurar se irá transformando.

Pero mis opiniones también traslucían un manifiesto inconformismo político y, por qué no, cierta dosis de arrojo dadas las

circunstancias, ya que toda la memoria destilaba juicios de valor y afirmaciones que inevitablemente iban más allá del estricto tema abordado.

La Revolución, tal como la entendemos hoy, exige rapidez, profundidad y sentido democrático. Los cambios que solamente afectan al «país político» no merecen tal nombre. Tampoco lo merecen —en determinadas sociedades que no pueden permitirse tal lujo— los cambios graduales de estructuras y formas. El proceso de aceleración de la Historia es irreversible. Volverle la espalda sería irremediable.

Y, al hablar de la situación en Latinoamérica, afirmaba que allí

el juego de la política se ha convertido en una actividad puramente formal. La política ha dejado de servir —en la mayor parte de los casos— los intereses de la mayoría y ha servido solamente para justificarse a sí misma y a los egoísmos de las oligarquías tradicionales sin beneficio apreciable para las masas [...]. La necesidad de una Revolución «auténtica» se hace cada vez más apremiante, con objeto de transformar la sociedad feudal de hoy en una sociedad democrática efectiva, la sociedad colonial o semicolonial en una sociedad independiente, la sociedad económicamente retrasada en una sociedad económicamente adelantada.

Pienso que fue esta mezcla de ingenuidad y franqueza lo que también me permitió descalificar las presiones que dentro y fuera de España propugnaban, todavía por aquellas fechas, la ruptura de relaciones con el régimen castrista, mientras que tan drástica medida no se había tomado ni siquiera durante la espectacular crisis de enero de 1960. Y lo que me llevó a aplaudir, por tanto sin disimulo que Madrid no se plegara incondicionalmente a las presiones norteamericanas a raíz de la aprobación por el Congreso de Estados Unidos, en diciembre de 1963, de la enmienda a la ley de Ayuda Exterior. Con esta medida unilateral, Washington pretendía extender a los países que, como España, recibían su asistencia económica, el boicot comercial que

ya entonces aplicaba a la isla caribeña. Se trataba, en efecto, de aislar a Cuba. Lo más chocante de aquella situación era que dos meses más tarde, en febrero de 1964, Estados Unidos hizo pública la apertura en Rota de unas nuevas instalaciones para acoger a los submarinos Polaris. Pero sea ello lo que fuere, no es menos cierto que en el momento de defender mi tesis ante el tribunal examinador, del que formaba parte el historiador Jesús Pabón, más de uno de sus integrantes frunció el ceño. No cabe duda de que había algo en mi memoria que debió de disgustarles. Y si es muy cierto que Fidel nos ha decepcionado, no lo es menos que muy distinta habría sido la suerte de la revolución castrista, y la del pueblo cubano naturalmente, si las sucesivas administraciones en Washington no hubieran caído en la tentación de imponer el bloqueo y mantenerlo hasta hoy mismo; el instrumento más eficaz para apuntalar al régimen. Ello es tanto más chocante cuando contemplamos a otros países próximos a Cuba en los que las violaciones de los derechos humanos han sido incomparablemente más atroces que bajo el castrismo, pero adonde la ayuda norteamericana ha afluído generosamente. Aunque ahora descubramos que son —siempre lo han sido—, «Estados fallidos».

Tan sólo en una ocasión posterior, muchos años después, me he manifestado en público sobre Fidel Castro. Fue en un artículo, titulado «Guantánamo», que publicó *El País* el 8 de mayo de 2003. Escribía en él que sorprende que únicamente se hable de esta base norteamericana como del limbo jurídico que en efecto es, en el que las violaciones de los derechos humanos siguen siendo moneda corriente, y que nadie recuerde que se trata ante todo de un residuo colonial —que calificué de «nuevo Gibraltar caribeño»—, testimonio hiriente de la injerencia norteamericana en los asuntos cubanos desde 1898 hasta nuestros días. Propuse entonces a La Habana y a Washington un *fair deal*, o así me lo parecía. Al presidente Bush, que renunciara a Guantánamo y abandonara Cuba. A Castro, que abdicara del poder y dejara también la isla; que no se quedara a morir allí como hizo Franco aquí, en la cama, entubado y con media docena de ejecuciones más en el regazo.